

estuvo en nuestro país. En el prólogo, Mons. Ricardo Blázquez, presidente de la Conferencia Episcopal Española, destaca la tarea y las virtudes del teólogo alemán: «Proponer la fe, clarificarla y defenderla, mostrar su carácter razonable, ha sido el precioso servicio que sacrificada y generosamente ha cumplido en la Iglesia. Posee el don de la palabra escrita. Sus formulaciones son precisas, simplifican lo complejo, hacen accesible lo profundo, edifican espiritualmente, son brillantes y bellas» (pp. 11-12).

Así, en primer lugar, se recoge una conferencia pronunciada en El Escorial en 1989 y titulada «Jesucristo hoy». Allí se insiste en la divinidad de Jesucristo, puesta en entredicho en alguna ocasión y que constituye la clave de la perennidad del mensaje cristiano: Jesucristo vive ayer, hoy y siempre. Entra también en diálogo con propuestas liberacionistas tan del momento, pero ayuda a no quedarse encerrado en los estrechos límites de ciertos reduccionismos. Propone una vez más a Jesucristo como camino y liberación, como amor y verdad, con un claro eco de Jn 14, 6. Al año siguiente en Madrid el prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe tuvo otra intervención sobre las tareas y las perspectivas de la Iglesia tras la caída del Muro de Berlín. Habla y analiza del fracaso del marxismo, y propone para el futuro una fe cristiana que ha de presentarse siempre como racional y afectiva, libre, personal y social.

En 1993 vuelve Ratzinger a Madrid para hablar del nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*. En la lección pronunciada en la Universidad Complutense, relata de modo argumentativo la génesis y la historia de este instrumento de evangelización. Se añade además el texto de una posterior rueda de prensa, en la que se aclaran algunos puntos. Sigue

el discurso de investidura del doctorado *honoris causa* en la Universidad de Navarra, donde se destaca la importancia del papel de la Biblia y de la Iglesia en la teología. Ya en este milenio, en el año 2000, vuelve a Madrid para pronunciar en un congreso organizado por la Facultad de san Dámaso, una conocida conferencia sobre la encíclica *Fides et ratio*. Allí termina del siguiente modo: «El papa (Juan Pablo II) ha salido al paso ante el peligro de tal enmudecimiento (de lo propiamente humano) con su *parresía*, con la franqueza intrépida de la fe, y ha cumplido un servicio no sólo para la Iglesia, sino también para toda la humanidad. Debemos estar agradecidos por ello» (p. 141).

Viene a continuación con la conferencia pronunciada en la Universidad Católica San Antonio de Murcia, en 2002, titulada «La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia». Tras insistir una vez más en la divinidad de Jesucristo (de la que se desprende su exclusividad como salvador, tal como había recordado dos años antes la declaración *Dominus Iesus*), se recuerda el derecho a la misión con que ha sido investida la Iglesia. Acaban estas páginas con la homilía pronunciada en el santuario de la Vera Cruz de Caravaca.

Pablo Blanco

Livio FANZAGA, «Credo». *Le verità fondamentali della fede*, San Paolo («Le ragioni della speranza», 54), Cinisello Balsamo 2005, 296 pp., 14 x 22, ISBN 88-215-5204-7.

El autor es sacerdote escolapio ocupado durante años en la pastoral juvenil de la diócesis de Milán, y director en la actualidad de «radio María» en Italia. Es autor de numerosos libros de carácter pastoral y espiritual.

En el presente libro intenta ilustrar las verdades fundamentales de la fe siguiendo el orden del Credo cristiano, y con un marcado objetivo expositivo y catequético, más que especulativo. Organiza la exposición del credo en los doce artículos del Símbolo Apostólico. Las fuentes principales de sus comentarios a cada afirmación de fe son, además de la Sagrada Escritura y la Tradición, los documentos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Los destinatarios que sacarán provecho de estas páginas son los jóvenes y los grupos de catequesis para adultos.

José R. Villar

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Ratzinger y Juan Pablo II. La Iglesia entre dos milenios*, Sígueme («El peso de los días», 47), Salamanca 2005, 224 pp., 14 x 22, ISBN 84-301-1573-0.

En este volumen se contienen una colección de artículos publicados en la prensa, entre 1998 y 2005. El fin de este libro queda claro desde un principio: «Las páginas siguientes han sido escritas para recoger e interpretar el legado de Juan Pablo II y para preparar la acogida de Benedicto XVI. Ellos vienen de una historia y han recorrido una trayectoria que hay que conocer. Cumplen una divina misión que debemos situar dentro de la lógica de la revelación, autoritativa y definitiva, de Dios en Cristo y del misterio de la Iglesia» (p. 13).

En primer lugar, se recogen algunos artículos bastante recientes sobre Joseph Ratzinger. La relación del autor con el teólogo alemán es antigua y cercana, tal como repite González de Cardedal. De modo que el acceso a su pensamiento cuenta con algunos puntos de

partida comunes. Resulta muy interesante el análisis de la relación entre Guardini y Ratzinger (pp. 51-55 y 60-62), mientras se alude más de pasada a la que estableció personalmente con Lubac y Balthasar. Llama la atención por otra parte la insistencia en Karl Rahner, cuando el mismo Ratzinger ha recordado que se encuentran «en planetas teológicos distintos». En cualquier caso, resulta una interesante lectura personal del pensamiento del famoso teólogo bávaro.

También aborda el teólogo salmantino las relaciones entre Joseph Ratzinger y Juan Pablo II. «¿Qué le ha atraído a Ratzinger de Juan Pablo II? El vigor de su fe, la intensidad de su oración, la confianza incondicional en el Evangelio como potencia de salvación, el gozo de ser cristiano a la altura de la historia, la identificación con la Iglesia concreta que, en medio de todos sus problemas y situaciones, sigue siendo el lugar donde la plenitud de Cristo se comunica a cada uno de sus miembros y llega hasta el último rincón del mundo» (p. 108). Aquí da paso a una segunda parte, en la que se aborda la figura humana y eclesial de Karol Wojtyła.

Termina estas páginas con un *Epílogo* personal (pp. 181-221), donde define la Iglesia como hecho y comunidad, doctrina y misterio, a la vez que recuerda sus funciones y misiones de anunciar, celebrar, acoger y guiar. Sugiere también unos retos para el presente de la Iglesia (Europa, la cultura, la sociedad y las vocaciones), así como una serie de actitudes necesarias para garantizar un buen futuro: confianza entre nosotros y cercanía con Dios, gratitud y gratuidad, comunión y solidaridad, participación y fe crítica y a la vez confiada.

Pablo Blanco